

Doctor en Ciencias Biológicas por la Universidad de Córdoba, su tesis centrada en cuestiones sobre ecología de anfibios recibió el Premio Extraordinario de Doctorado. Ha publicado numerosos artículos científicos y técnicos en revistas internacionales y ha escrito varios libros y otras publicaciones de carácter técnico y divulgativo. En el ámbito literario tiene relatos hiperbreves publicados durante 2001 en el libro Galería de Hiperbreves, editado por el Círculo Cultural Faroni; un cuento infantil en el libro Historias Mágicas y Verdaderas editado en 2005 por Aldeas Infantiles SOS y ha quedado finalista en varios certámenes de relatos. Durante 2008 recibió el primer premio en el "V Concurso de Relato Breve del Museo Arqueológico de Córdoba".

Ricardo Reques Rodríguez

(Córdoba, España)

Quinto Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

EL LARGO ENCIERRO

A Mari Paz

Treinta años han pasado desde que lo vi por primera vez, sentado en aquella silla, junto a la pared, alumbrado por la luz del tubo fluorescente del techo. Así lo vi entonces y así lo vi la última vez, sumido en sus lecturas que interrumpía sólo para levantar ligeramente la cabeza, musitar algo indescifrable mientras se acariciaba la barbilla y, después, tomar notas en un cuaderno gastado.

Treinta años podrían parecer una larga condena para cualquiera que haya estado encerrado entre cuatro paredes, pero no cuando es uno mismo quien decide su encierro. Raimundo Valdezate entró un día en una biblioteca y no ha vuelto a salir nunca más de ella. Aquel



día tomó una decisión irrevocable: en los libros de la vieja biblioteca de aquella facultad estaba todo lo que necesitaba saber, por eso decidió no salir nunca más de allí. Eso fue lo que me contó. Lo decidió así, sin más.

—Una noche me quedé leyendo, cerraron la biblioteca y nadie se dio cuenta de que yo estaba dentro. Lo hice, sin querer, no fue premeditado, simplemente estaba leyendo. Nada más. Pero aquella noche comprendí que no necesitaba salir de allí para ser feliz.

Raimundo Valdezate me lo contó así, tal y como yo lo cuento ahora. Él buscaba, como todos, la felicidad y una noche, como otra cualquiera, decidió que para vivir como deseaba no necesitaba nada más, sólo los libros que le rodeaban, un bolígrafo y sus cuadernos; nada más que eso.

Quizás los libros puedan llenar una vida. Decía que con los libros no sólo viajaba a cualquier rincón de cualquier continente, sino que también viajaba a otros tiempos pasados. Quizás por eso el tiempo para él era algo que no tenía importancia. Por eso no llevaba reloj, ni lo necesitaba. Cuando tenía hambre comía, cuando tenía sueño dormía, el resto del tiempo viajaba.

Poco antes de iniciar mis estudios ya corrían rumores sobre su presencia en la Facultad de Filosofía y Letras, pero pensaba que era una más de aquellas historias absurdas que abundaban sobre fantasmas, espectros que aparecían y desaparecían y voces del más allá. Historias, sin duda, propiciadas por las gruesas paredes y amplias salas de su edificio barroco. Por eso y por el hecho de haberse habilitado como hospital debido a las epidemias de peste que padeció la ciudad en el momento de su construcción y de haber seguido con esa función durante más de doscientos

años hasta reconvertirlo en lo que hoy es. Pero nada más equivocado. Raimundo Valdezate era real; tan real como tú o como yo: de carne y hueso.

Durante varias semanas desfilaron delante de él un buen número de profesores y familiares para convencerle, de forma más o menos amable, de que se dejara de tonterías y saliera de allí. Sin embargo, lejos de conseguirlo, aquellos días sirvieron a Raimundo Valdezate para ratificar que su decisión era la más acertada de su vida. Allí encontraba todo el tiempo del mundo para hacer lo que más amaba: leer.

—No es sólo leer —me dijo—. No es sólo leer, es embriagarme del aroma de los libros, es disfrutar de la música de sus páginas, de su tacto. Es también el ambiente callado de la biblioteca que invita a la reflexión sin poner cotas en el tiempo.

Raimundo Valdezate amaba leer y amaba estar rodeado de libros, de todos los libros de la biblioteca. Saltar en sus lecturas de un manual de geografía a uno de arte, de la poesía de Machado al drama de Shakespeare. Realmente él amaba los libros.

Cuando vino la policía para desalojarle se encadenó a las estanterías y los estudiantes le dimos nuestro apoyo. Confieso que al principio la mayoría secundamos la protesta para escaquearnos de algunas clases, pero lo cierto es que nos gustaba la sinceridad con la que defendía sus ideas. Así estuvo varios meses: se encadenaba por las mañanas y se liberaba por las noches cuando no quedaba nadie más que el vigilante. Luego todo el mundo se acostumbró a su presencia y llegó un momento en el que parecía ser un elemento más de aquella vieja biblioteca.



No tardé mucho tiempo en hacerme amigo suyo. Raimundo Valdezate, cuya edad nunca supe, ha sido la persona más inteligente con la que he tratado. Tenía una memoria prodigiosa y era capaz de relacionar hechos aislados de forma magistral. Siempre aprendía de él, no sólo de sus conocimientos sino también de su actitud ante la vida. A pesar de haber elegido su clausura era una persona vital y optimista. ¿Si amas el mar y la luz, le pregunté un día, por qué estás aquí encerrado? —Para poder entender su belleza —, me contesto. Así de sencillo.

Su pasión por los libros no tenía límites. —Unos libros me llevan a otros libros, no puedo dejar de leer. Unos autores me presentan a otros autores. No conozco otra forma mejor de vivir.

Se ganaba la vida ayudando a realizar trabajos de clase a muchos estudiantes, algunos de los cuales llegaron a tener brillantes expedientes académicos, pero también resultaba una ayuda insustituible para los bibliotecarios ya que no sólo era capaz de memorizar dónde se encontraban los libros sino también de orientar de forma fiel sobre sus contenidos. Los profesores le consultaban con frecuencia sobre determinadas referencias bibliográficas para sus trabajos y él les obsequiaba con sesudas disquisiciones críticas sobre los mismos.

Todo aquello producía una cierta atracción para muchas alumnas. Aunque él nunca me lo confesó, se rumoreaba que tuvo diversos escarceos amorosos con algunas estudiantes y profesoras que se quedaban allí, escondidas entre las sombras de las estanterías, para pasar con él las noches. Pero un día se enamoró perdidamente de una de ellas: una estudiante



bellísima de cabellos perfumados. Después de pensarlo mucho, se decidió a intentarlo. Fue otra de esas decisiones irrevocables suyas.

—Hoy llevas piernas —le dijo. Hoy llevas piernas. Llevaba una falda corta y a él le gustaban mucho sus piernas largas y bellas, como aquellas de Marlene Dietrich. Hoy llevas piernas. Se lo dijo con ternura y a ella le gustó. Por eso le sonrió. Luego sucedió, Raimundo Valdezate le miró a sus grandes ojos verdes y después miró sus labios entreabiertos. Sólo eso. Los miró, pero era como si se los besara.

Le llamaba Gravedad por la fuerte atracción que producía en él. —Gravedad es su nombre—. Y algunas noches Gravedad se quedaba a escuchar los más bellos versos nacidos de sus labios y abrazados viajaban por las infinitas páginas de la literatura. Pero el amor, como los libros, también tiene su punto final y su amor acabó sin más. Y ya nunca más volvió a enamorarse de una mujer. Un día Gravedad dejó de ir por allí y él jamás preguntó por ella. Y ya nunca más volvió a amar a otra mujer. Nunca más a una mujer real.

Después de aquella relación comenzó a trabajar de forma extremadamente productiva. Publicaba más de un artículo al mes en las mejores revistas especializadas y hacía colaboraciones en prestigiosos libros de gran parte del mundo. Nuestras conversaciones eran largas y, en ocasiones, sólo interrumpidas por el obligado paréntesis de ir al comedor u otras exigencias fisiológicas. Cada nuevo libro que entraba en la biblioteca era un precioso regalo para él y cuando pusieron las terminales de internet se le abrieron nuevos horizontes en sus investigaciones. Así era como pasaba sus días de encierro, así era como él quería pasarlos.



Raimundo Valdezate fue envejeciendo pausadamente encerrado en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba. Ni siquiera salió de allí para despedir de la vida a sus padres a los que tanto quería. —Quiero tener su recuerdo vivo, que mi memoria no retenga el rostro de su enfermedad ni de su muerte—. Raimundo Valdezate temía a ese vacío que es la muerte.

Y temía también envejecer. —A veces, por las mañanas, tengo que mirarme al espejo varias veces, con insistencia, para reconocirme, para saber que esa imagen que devuelve su superficie plana, se corresponde conmigo: que sigo siendo yo.

Los inviernos eran cada vez más duros para Raimundo Valdezate. La humedad de las gruesas paredes del edificio calaba en sus huesos y le iba consumiendo por dentro. A duras penas podía recorrer el corto trayecto de las estanterías. Su voz cada vez era más débil aunque mantenía aquel entusiasmo contagioso de siempre por aprender.

Aprender. Él quería seguir aprendiendo rodeado de libros.

Es extraño, lo sé, nadie está obligado a creerlo, pero un día desapareció. Una mañana fui a verlo y ya no estaba. Había desaparecido. Amigos, alumnos y profesores le buscamos por todas partes, pero ya no estaba. El vigilante aseguraba que, por la noche, nadie había salido de allí, que era imposible porque sólo él tenía las llaves y porque, además, hubiese saltado la alarma y quedado grabado en las cámaras de vigilancia. Nadie está obligado a creerlo pero sucedió así, por muy extraño que pueda parecer.

La última vez que lo vi seguía ahí leyendo, sentado en aquella silla junto a la pared, alumbrado por la luz del tubo fluorescente del techo. Me despedí de él como cualquier otro día: nada me hacía sospechar que fuese el último. No encontré nada en sus viejos cuadernos que pudiera interpretarse como un adiós.

A veces pienso que el gastado cuerpo de Raimundo Valdezate permanece aún acurrucado al calor de las páginas de alguno de sus libros preferidos. Sus amados libros.